

Notas y Documentos

EL PREMIO «ATENEA» EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN.

El día 29 del pasado mes de agosto tuvo lugar en el Salón de Actos de la Universidad de Concepción la entrega oficial del PREMIO ATENEA al escritor Luis Durand, concedido a su novela *Frontera*, publicada en el año 1949. El Jurado que concedió el galardón estuvo presidido por el Rector don Enrique Molina Garmendia.

Al acto, que adquirió caracteres de solemnidad y de interés, asistió numeroso público. Después del discurso de ofrecimiento —que publicamos in extenso— pronunciado por el Director de la Escuela de Educación, señor Carlos Martínez, el señor Rector hizo entrega a don Luis Durand del diploma correspondiente.

El señor Molina congratuló al escritor premiado, poniendo de relieve su labor literaria y refiriéndose especialmente a las vinculaciones que mantiene con el plantel educacional penquista desde hace largos años. Finalmente Luis Durand, en una brillante improvisación, agradeció el homenaje, terminando el acto con su conferencia sobre «Gentes de mi tiempo», que fué recibida con nutridos aplausos.—A. R.

<https://doi.org/10.29393/At304-34DORS10034>

DISCURSO DE OFRECIMIENTO DE DON CARLOS MARTÍNEZ.

Señor Rector, señor Luis Durand:

La Universidad de Concepción hace hoy oficialmente en-

trega del premio literario Atenea, al escritor agraciado con tal distinción.

El hecho adquiere para nosotros un doble relieve, ya que, por una parte, es esta la primera vez—en la historia del premio «Atenea»—en que nuestra Universidad puede expresar de viva voz su consideración y respeto al artista que ha distinguido; y ya que, por otra, la distinción ha recaído en la personalidad intelectual de un viejo y querido amigo de nuestra casa: el señor don Luis Durand.

El premio «Atenea» no ha venido en esta oportunidad, como puede verse, a descubrir un valor literario nuevo; ha venido simplemente a ser la expresión de un juicio que coincide con aquéllos, tan elogiosos, que—pese a la modestia de Luis Durand—se ha ganado bien sobradamente él, a través de su carrera. Y si bien es cierto que el hecho de contribuir a poner de manifiesto algún nuevo valor, es altamente constructivo, no lo es menos el alentar los esfuerzos de quien carga sobre sí una vida plena de realizaciones; entendiéndose bien cuánta tensión, cuánto desvelo, entrañan las realizaciones.

Luis Durand es considerado, por opiniones expertas, como uno de los más acabados noveladores de la selva sureña y de sus habitantes. La obra premiada—su novela «Frontera»—muestra que el conocimiento de aquella tierra y de sus hombres, es cabal, al punto de constituir esta novela un antecedente suficiente—en el supuesto de no haber encontrado otros—para dar la certeza de que el autor domina ese medio geográfico y humano como propio. Si para llegar a una comprensión adecuada de la obra, se partiera de la hipótesis de que el medio descrito es, precisamente, el que Durand ha conocido, la hipótesis no se ajustaría a la verdad. Es evidente que en Durand, hombre nacido en la Frontera, hay «saturación del medio», para usar la expresión de Mariano Latorre; pero, véase que el momento en que el autor sitúa la acción no permite, por razones cronológicas, aceptar el hecho de que haya sido él su contemporáneo. Durand viene a

conocer el medio—es decir el paisaje y el hombre—en un momento bastante posterior a aquél en que sitúa los acontecimientos. ¿De dónde provienen, entonces, la objetividad y la veracidad que recorren las páginas del libro, la expresión de una vida que se palpa casi? ¿Cómo puede hacerse vivir con vida propia y emocionante a un mundo del que se han conocido, sólo posteriormente, ciertas características psicológicas y ciertas circunstancias de orden geográfico e histórico? Es ese un problema cuya solución se ve llegar mediante un proceso complicado, en el que van juntas, la compilación del material, su ordenación adecuada, la acción, la posición del autor frente a ella y a sus héroes.

Se tratará, entonces, de desentrañar, aunque en forma sumaria, algunas de las fases de este proceso: estructuración de un medio geográfico e histórico, de acuerdo con profusas indagaciones efectuadas en el terreno mismo, con los aspectos utilizables de ese medio cuyo conocimiento pudo profundizar el autor cuando su experiencia y desarrollo se lo permitieron; estructuración de un medio humano de acuerdo también con indagaciones, con relatos recogidos, con el conocimiento de tipos utilizables y—necesariamente—con ciertos elementos complementarios de ficción, frutos de la inventiva del artista, adaptación del medio humano, al geográfico e histórico.

Puede decirse que las fases enunciadas, van a fijar otra: la ordenación, o sea, la composición de la novela, composición que va a caracterizarse por su equilibrio. Veámoslo: un plano de fondo: el geográfico. Naturaleza tempestuosa, inclemente, indomable. Otro plano de fondo: el histórico. Fundación de ciudades, con su incremento natural de vida y de necesidades; urgencia de comunicación y transporte con rutas difícilísimas o casi sin ellas. Ausencia de policía, de justicia; extensiones inmensas de tierras sin resguardo, como una incitación a la rapiña; mapuches alcoholizados, pero poseedores aún de algunos bienes: otra incitación a la voracidad.

El plano humano: aventureros que llegan a esta especie de

nuevo mundo; en cierto modo, conquistadores, pero no precisamente al servicio de un rey ni de un dios. En su mayoría, de una energía, de una vitalidad, de un coraje indecibles; también en su mayoría inclementes, indomables, como la naturaleza. Los tipos, no obstante, son variados: van desde el cuatrero que ignora en absoluto la existencia de un derecho humano, hasta el padre de familia confiado, bondadoso, pero capaz de cualquier sacrificio. Los tipos femeninos—también variados—no poseen, naturalmente, la fuerza avasalladora de sus hombres; son, sin embargo, de gran entereza, conservando, eso sí, el encanto propio de su condición. El equilibrio de composición, no necesita comentarios. A su vez—y por otra parte—ella va a fijar la acción.

Como puede suponerse, domina en la acción, un despliegue de energía, de fuerza e incluso de violencia. Las pasiones son absorbentes y obedecen principalmente a dos impulsos: al impulso sexual y al impulso de dominio que lleva a la riqueza o al botín; pero, téngase en cuenta que sus manifestaciones varían, con la variedad de los tipos humanos. Hay matices. Así, por ejemplo, el amor del héroe central no corresponde al imperativo de un impulso vital primario. En este caso, el autor, mediante un análisis muy inteligentemente llevado, muestra cómo va despertando el espíritu del personaje—espíritu evolucionado, pero endurecido por el afán y el peligro constantes, y a más de eso, esencialmente despreciativo en cuanto al valor que puede atribuírsele a la mujer—muestra, entonces, el autor cómo ese espíritu va despertando a la ternura, cómo va descubriendo un mundo desconocido en el que una mujer le aparece como un valor durable, como su complemento necesario.

¿Dónde se sitúa el autor, en relación con los acontecimientos? A través de la lectura de la obra, se presiente el cuidado constante del autor de situarse a la vez dentro de la escena y fuera de ella. Dentro, porque de otro modo la pintura habría correspondido, muy probablemente, a la expresión de una realidad puramente personal o imaginada; fuera, porque de apare-

cer en ella, había sido difícil encuadrar el relato dentro de una objetividad fría.

Puede advertirse que, en este proceso de elaboración son las fuerzas paralelas de la naturaleza, de las circunstancias y del hombre, puestas en equilibrio, las que dan su justeza a la novela, las que la hacen un todo armónico. Puede advertirse, asimismo, que el proceso se apoya en la observación, en la investigación, en la penetración psicológica, en la sensibilidad, en un sentido lógico, factores éstos que caminan muy estrechamente unidos para obtener la consecución de un fin: la pintura de un cuadro veraz y objetivo; es decir para llegar a la expresión exacta de cierto tipo de vida, en relación con ciertas circunstancias o modalidades. Todo concurre, pues, en el autor a descubrir la trabazón que hay entre los actos y las condiciones que los determinan. El arte de Durand reside principalmente en haber encontrado los ajustes precisos de esa trabazón, lo que hace aparecer el drama novelado como un drama vivido y aún más, como un drama que no pudo ser vivido de otro modo.

Con lo dicho, no se ha tenido, en modo alguno, la pretensión peregrina de pesar en la balanza que establece las prioridades; por lo demás, como se ha expresado en un comienzo, juicios muy calificados han pesado ya y bien satisfactoriamente. Sólo se ha querido expresar el respeto y el agradecimiento a quien sirve la causa del arte, en forma tan desinteresada y efectiva.

Papel de Concepción en la futura grandeza de Ghile (*)

Al recibir la gentilísima invitación de «El Sur» para contribuir con algunas líneas a la edición del IV Centenario de la

(*) Por su extraordinario interés y actualidad tenemos el agrado de reproducir el artículo publicado en «El Sur» del 6 de octubre, que don Raúl Silva Castro ha dedicado a Concepción y contiene generosas apreciaciones para la labor cultural de la Universidad y de «Atenea».—N. de la D.

capital penquista, me pregunté si debía seguir las aguas o remontarlas. Seguir las aguas sería, en este caso, hacer una compendiada historia de la ciudad, recordar los días de su formación, elogiar a los varones que le dieron algo de su espíritu para dominar las dificultades iniciales, y trazar, en síntesis, la existencia pretérita como cimiento de la actual. La tarea es grata, y tal vez tentadora. La capital sureña, fuerte que cobijó a los más aguerridos luchadores de la Conquista y de la Colonia, posee una historia ejemplar que se destaca en los cuatro siglos que cuenta la nacionalidad.

Pero... hay también cierto encanto en remontar la corriente. ¿No habrá en Concepción poderosos gérmenes de futuro? La patria de mañana ¿no contará en ella alguna de sus reservas vitales más preciadas? Y después de cavilar un tanto y de ensñar no poco, me pareció que podía ser también provechoso decir algo de lo que Concepción promete a Chile, tanto por el IV Centenario que ahora cumple como por el temple de alma y la perspicacia de sus hijos.

* * *

Disfruté, hace ya muchos años, del honor de compartir la Dirección de la revista «Atenea», con que mensualmente sirve la Universidad de Concepción a las letras chilenas. La tarea fué grata. Como engranaje de la Universidad, «Atenea» me puso en contacto con los hombres que tenían el mando de aquel centro universitario en años que eran heroicos, porque eran los de la consolidación del esfuerzo inicial y los del crecimiento. Cada día se agregaba un nuevo instituto, se adquirían propiedades, se contrataban profesores y expertos. Una somera visita me permitió conocer personalmente a los promotores de la empresa, y contactos sucesivos me permitieron ir entrando discretamente en el meollo de su mecanismo. Don Enrique Molina presidía aquella escena con la imperturbable sonrisa de sus la-

bios delgados y ascéticos. De entonces data mi admiración por él. Nos han separado ligeras diferencias, asperezas que depara la vida y hasta incomprendiones que se cavan como abismos. Pero en lo substancial he procurado siempre acercarme a él, comprenderlo, como una forma de admiración que le es debida por la magnitud de la tarea que echó sobre sus hombros.

«Atenea» era entonces, y sigue siendo, una partecilla dentro del conjunto universitario; ha crecido con éste, pero en definitiva sigue siendo una parte dentro del todo. Las relaciones de subordinación y dependencia que ella mantiene con la Universidad de Concepción, fueron, precisamente, las que mejor me ilustraron sobre lo que hay en la capital sureña desde que la Universidad existe para vivificarla. Bien conocido es el anhelo de todos los provincianos para hacer crecer su rincón de modo que, en cierto grado, compendie todas las esencias de la nacionalidad. Pero casi todos han seguido caminos equivocados. Creyeron, por ejemplo, que las obras públicas, especialmente los caminos, iban a servir para dar mayor vitalidad a la economía provincial. En realidad, la economía provincial resultó favorecida con esas obras, ya que los caminos les permiten prosperar, enriquecerse o, por lo menos, sobrevivir. Pero también sirven para que por ellos se alejen los hombres de empresa, anhelantes de escenarios más vastos, de tal manera que la despoblación provinciana ha venido acelerándose y no amenguando, a compás de la construcción de caminos, puentes, aeródromos y demás construcciones, en las cuales el provinciano típico radica todo su empeño. Resultó, en suma, algo muy diverso de lo previsto.

Con «Atenea», en cambio, como con la Universidad misma, se ha logrado exactamente lo que se pudo prever. Cada cual siguió en su sitio, y la revista fué el centro de convergencia de una serie de esfuerzos intelectuales de meditación, elaboración y creación que antes carecían de él, y, por lo tanto, de estímulo. De este modo la provincia se enriquece, adopta lo que consueña con sus gustos y sus ideales, y propende al me-

joramiento de la nación entera, al someter a selección la obra de ingenios dispersos.

Estudiando la obra de la Universidad de Concepción vine, pues, a concluir en que es ella el secreto de la nueva vitalidad de que hace gala la ciudad del Sur, y en que de sus aulas saldrá un magnífico futuro que abrillantaré al país entero. Estudiantes que en otros años debían irse a Santiago, se quedan hoy en Concepción, y antes que desarraigarse, desarraigando de paso a sus familias, subsisten como instrumentos de la producción intelectual y material en los centros provincianos. La cultura superior tiende a descentralizarse. Nace una emulación ostensible entre Santiago y Concepción que será, como todas, provechosa a las dos ciudades y que deberá, inevitablemente, refluir de manera benéfica sobre todo el país. Los viajes entre las dos ciudades universitarias se hacen más frecuentes, y el intercambio humano echa un cimiento sólido para la obra de la superación nacional de que Chile, como toda colectividad incipiente, siempre está muy necesitado.

* * *

No desestimo en nada los centros mineros y fabriles, que le están dando a Concepción una cintura de bienestar material que es también interesante para la vida del espíritu. Lota y su carbón, San Vicente con su acero y su pesca, Lirquén, Penco, Chiguayante y demás sitios de producción en alza continua, son parte, sin duda, de la preeminencia que cobra Concepción dentro del país y ante los ojos asombrados de quienes interpretan los hechos de la vida patria sin anteojeras. Mas, todavía: entiendo, como síntesis del estudio de algunas de las observaciones hechas por los técnicos, que con el tiempo constituirá Concepción el centro fabril más activo de Chile, puesto que abarcará, dentro de un recinto bastante reducido, tanto la industria pesada que franquea la siderurgia, como las indus-

trias de elaboración más vecinas al arte, como son las cerámicas y textiles. Y esto en un país apenas desbastado, carente de refinamientos, es ya mucho decir.

Pero, insisto en que la grandeza futura de Concepción ha de estribar sobre todo en que será el foco de cultura superior más caracterizado del Sur, eje de la existencia espiritual de todas las provincias ubicadas en torno al río Biobío y en especial de las que siguen hacia el extremo antártico. Centenares de miles de chilenos de hoy y millones de mañana, no necesitarán pedirle prestada su cultura a Santiago, gracias a que podrán formarla en Concepción, y no se desarraigaran jóvenes estudiantes ni familias patricias sólo porque fué preciso, en cierta edad de la historia de cada casa, atender a que los hijos perfeccionaran los estudios en que sentían el llamado de una vocación. Un nuevo estilo de convivencia cultural habrá de alcanzarse sólo merced al ahincado ejercicio de unas mismas disciplinas, en un sitio que se ha trazado como ley cultivarlas sin propósito alguno que sea preconcebido. Es decir, la grandeza futura de Concepción y la significación que ella alcance dentro del conjunto nacional habrá de nacer, pues, no de otra cosa que de la Universidad de Concepción, que atendió y atiende a descentralizar la cultura patria en la única forma que parece accesible: en la educación superior.

* * *

La historia de Chile está llena de abismos. La riqueza colosal de Chañarcillo, que deslumbró por algunos años a todos los chilenos y que permitió a Copiapó cobrar el rango de una ciudad de primera categoría, desapareció demasiado pronto. Vinieron en seguida los años de la escasez, los terremotos y la despoblación consiguiente. ¿Qué es hoy Copiapó? La hirviente humanidad que se refleja en las páginas de Jotabeche hasta para señalar, por contraste, aquella inevitable declinación que nos

llena de melancolía. Y este ejemplo es uno solo, en una vasta serie en donde se podrían escoger muchos otros para establecer cuán percedera es la riqueza.

Valparaíso mismo rivalizó un tiempo con Santiago, y desde luego creció más rápidamente que la capital gracias a la afluencia cotidiana de extranjeros que le entregaban los barcos llegados, después de tormentosa navegación, a su peligrosa rada. Pero vino la construcción del Canal de Panamá, y Valparaíso pasó a la sombra. Las incomodidades del puerto se hicieron más ostensibles; el convencimiento de que eran irremovibles hizo el resto. Y como «donde no hay harina todo es mohina». Valparaíso, vive hoy al acecho de no permitir a ningún otro puerto que crezca para que no le consuma las migajas de que se alimenta...

¿Regirán estas leyes con la gran capital sureña? El objeto de estas líneas es probar que no, porque los datos del problema son substancialmente distintos. La riqueza minera de las vecindades de Concepción no es percedera como la de Chañarillo, y la pesquera es, por definición, inagotable. Pero, por encima de todas ellas, está la obra cultural de la Universidad de Concepción, que ella sí asegura a todos los vecinos de las provincias australes una tarea permanente y de acumulativos efectos. Se ha creado un foco que no perece, porque miles y miles de chilenos tienen interés vivísimo en que siga esparciendo, como hoy, haces de luz, y todos aquéllos añadirán un poco de combustible, si ello es necesario, para que la hoguera siga ardiendo, en el caso remoto de que una racha de viento inesperado pretendiera apagarla. Nos lo prueba la vigorosa defensa que se hizo, en meses pasados, de la Lotería que sustenta a la Universidad cuando, cesáreamente, se pretendió reducirla.

En los hombres de la Universidad de Concepción que conocí en los años que evocaba al comienzo—esto es, de 1925 a 1930—encontré siempre un tesón callado y sufrido que me parece ser el más adecuado para soportar las tempestades. Sin exalta-

ción, sin ira, sin estruendo, realizaban encantados una labor de albañiles disciplinados que provocaba la admiración. Se habían propuesto levantar un muro, trabar una medianera, armar los tijerales para colgar unas campanas que llamaran a rebato. Y ya lo tienen. La torre llena de lenguas sonoras con que se corona el Barrio Universitario, es como el símbolo de aquella tarea. Los vi a todos allegar el ladrillo, colocarlo a plomo y, con estudiada parsimonia, mantener el patrón de la estructura. Todos trabajaban hasta el límite de las fuerzas, y aun cuando ellas no sobraran, solían alentar al vecino con voces de amor.

Concepción será grande mientras albergue en su seno a esos hombres, o a sus discípulos en generaciones incontables. Se transmitirán la antorcha, y con ella el fuego que calienta y alumbra. El IV Centenario es, si se quiere, el término feliz de una etapa, pero debe ser, también, el acta de nacimiento de otra. Y ésta—quisiéramos no equivocarnos—será más importante que la anterior para la vida futura de la nación entera.

—RAÚL SILVA CASTRO.